



Los jóvenes anglosajones hoy se consideran escoria, porque de ello les acusan los mayores, y pronto el "punk" se habrá convertido en una etiqueta comercial.

LA MODA DE LA BASURA un viejo estilo de vida

E. HARO IBARS

PUNK" significa basura. Este es el nombre que han elegido los jóvenes anglosajones de la última hornada para definirse, para definir un nuevo estilo que engloba una cierta tendencia del "rock" y una moda vestimentaria particular; un estilo que, en realidad, no tiene nada de nuevo, salvo el enfoque que se le da y la forma en que se le contempla. Resulta sintomático que los que se llaman rebeldes acaben aceptando los remoquetes infamantes que el Sistema les impone, e incluso haciendo de ellos un motivo de orgullo, una bandera; es como una manera de superar el sentimiento de inferioridad, vanagloriándose de eso mismo por lo que los demás pretenden infligirselo. Pasó lo mismo con los "beatniks", así apodados por los

periodistas americanos que no estaban precisamente a favor del movimiento "beat"; con los "hippies", y más tarde con los "freaks", palabra que literalmente significa monstruos o idiotas congénitos, y que fue como se autodenominó esa generación harapienta y hermosa que siguió inmediatamente al movimiento "hippie". Los jóvenes anglosajones, hoy, se consideran mierda, escoria, basura, porque de eso les acusan sus mayores. Y la palabra "punk" suena y resuena: discos, ropa...; muy pronto habrá bares, discotecas, objetos decorativos y "posters" que sean "punk", que empleen esta palabra como etiqueta comercial. Incluso, como ya hemos podido leer en alguna revista de gran tirada, se nos quiere hacer pasar esta moda como un

nuevo movimiento juvenil revolucionario y airado, tomando una postura rebelde como una forma de pensamiento y comportamiento anarquista. Conviene, pues, aclarar términos, antes de que sea demasiado tarde, antes de que se nos haya vendido un viejo producto bajo una engañadora etiqueta; antes, sobre todo, de que se haya desvirtuado de nuevo algo que tiene el pasajero —y no por ello menos importante o simpático— valor de una moda, dándole una seriedad de la que carece y que no pretende.

La moda "punk" se nos presenta en dos aspectos: el musical-industrial y el vestimentario. Hablaré también de las supuestas implicaciones político-ideológicas que tiene; pero éstas son más que nada invento de mentes sistematizado-

ras. Hasta ahora no hay más que eso; pero en el actual momento de desconcierto y de crisis de identidad que atraviesa la cultura popular juvenil, y con la complicidad del verano —época maravillosa para lograr la mayor desinformación posible: el espíritu parece tomarse vacaciones, y los periódicos y revistas buscan desesperadamente temas nuevos con que llenar sus páginas— basta para hacer de ello nada menos que un "movimiento". Ni siquiera es necesaria la brumosa filosofía de baratillo de los "hippies" fenecidos, que se basaban en demencias blandas como las de Krishnamurti o Lobsang Rampa. Bajo el pretexto de la "anarquía" —nunca ha habido palabra que haya sido tan mal utilizada como esta— se hace innecesario el pensar. ▶

LA MODA DE LA BASURA

La música "punk" se caracteriza por el retorno a moldes antiguos de "rock", amén de una potencia sonora que es brutalidad para los tímpanos, y de una monotonía en los temas interpretados que algunos podrían confundir con falta de imaginación y capacidad creativa, pero que tiene una razón de ser más profunda: es una sustitución del mensaje articulado por la repetición casi onomatopéyica de la misma serie de palabras y de sonidos; se trata de una canción que da la menor cantidad posible de información. Incluso el tiempo de duración de los temas se ha acortado: de las largas baladas que estaban de moda en los sesenta, e incluso en los primeros años de esta década, se ha pasado a canciones que tienen, como máximo, dos minutos y medio de duración. No es necesario más para provocar una sensación física, horra de significado y mensaje.

La moda vestimentaria va acorde con tal retroceso en el tiempo: quienes la han adoptado realizan una amalgama entre los estilos "mod" y "rocker", las bandas antagónicas que existían en Inglaterra a principios de los sesenta, antes del éxito de los Beatles, que propició el cambio de muchas cosas. De los primeros, toman la postura agresiva y escandalosa, el amor por los colores chillones —tíñen sus cortos cabellos de azul fucsia, de naranja "ice cream", de rosa mexicano—, y el uso indiscriminado en hombres y mujeres de maquillajes violentos; de los segundos, el desgarrado desaliño, la brutalidad, el empleo de prendas de cuero, camisas y pantalones rasgados, cadenas de bicicletas utilizadas como cinturón y como arma, remaches metálicos por todas partes, culto a la violencia viril. La ambigüedad de la imagen sexual está más conseguida que entre los pobres cultivadores del "glam rock" de los primeros sesenta —David Bowie, Marc Bolán y los "fans" que les seguían—, que han quedado arrinconados por tímidos e ineficaces; no hay nada más ambiguo —podría, incluso, considerarse el paradigma de la ambigüedad— que un collar de falsas perlas cayendo sobre el torso velludo de un hombretón, bajo su cazadora de cuero manchada de grasa.

La cultura popular —y entiendo por cultura todo el conjunto de hechos que condicionan, a la vez que lo reflejan, el comportamiento cotidiano del hombre en una sociedad determinada— tiene, desde hace unos años, un curioso funcionamiento geográfico: sus movimientos originales nacen en los Estados

Unidos, en la metrópolis del gran Imperio de Occidente, de donde pasan a Europa; aquí se convierten precisamente en eso, en "cultura": son disecados y estudiados por expertos, se enriquecen al contacto con formas más sofisticadas de comportamiento, se les da un toque de brillantez. Así regresan de vuelta a América, donde se les consume y se les da un último toque de mercantilización, gracias al uso de las computadoras y de los expertos en marketing. Como ejemplo de esto que digo, y dentro del terreno que estoy tocando, que es en cierto modo el de la música "pop", tenemos el fenómeno del "rock and roll". Fenómeno típicamente ameri-

Y la historia vuelve a empezar... En el caso del "punk", que es todavía joven, estamos en la primera fase: la asimilación por los británicos de un fenómeno norteamericano.

El "punk" es, musicalmente, un producto norteamericano, subgénero del "rock and roll". Nace a mediados de los setenta con grupos de podríamos calificar de "pre-punk", como pueden ser New York Dolls o Wayne County, que basan su imagen precisamente en la agresividad de una sexualidad ambigua, al amparo del éxito en Inglaterra del "glam-gay rock". Este estilo de "rock" e imagen violentos se cristaliza después en los grupos de Nueva York: Television, Another Pretty

que —lo quiera él o no— sentó las bases de todo lo que ahora ocurre, aunque desde supuestos diferentes: Reed, con su grupo Velvet Underground, fue un artista reflexivo, que contaba lo que sucedía, mientras que los "punk" actuales son lo que ocurre. Y también está Patti Smith, autotitulada "poetisa del rock" —a pesar de que su poesía no dé mucho de sí—, que ha sabido superar incluso el tinglado comercial que se ha montado en torno a su persona, gracias a una enorme sensibilidad para captar lo que hay en el ambiente, definir una imagen y darle actualidad.

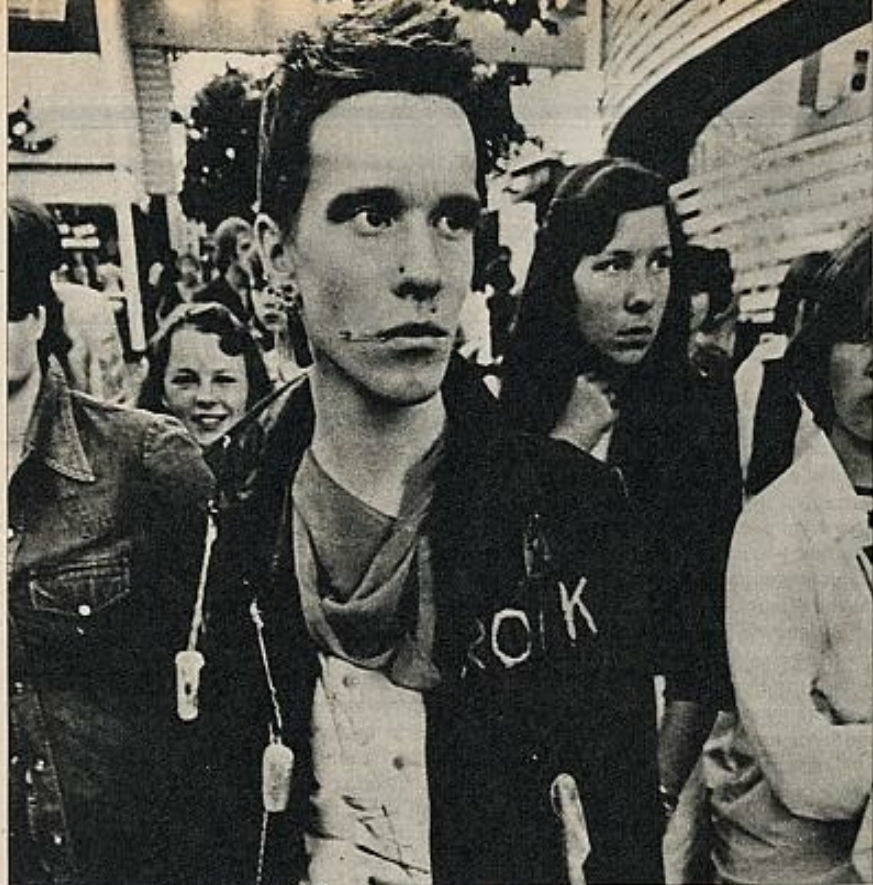
El "punk rock" de Nueva York sigue una cierta pauta cultural, y sus intérpretes son conscientes de ello, tratando de imitar a unos modelos con plena consciencia de ellos. Pero, al llegar a Inglaterra —y a Londres, pues el "punk" es fenómeno de grandes ciudades— se fusiona con otra forma de "rock", mucho más popular y sin pretensiones: el "rock" de los "pubs", hecho por pequeñas bandas sin importancia que, propiciadas por el consumo masivo de música "pop", se ganan la cena, unas cervezas y unas pocas libras tocando en los "pubs". Salen de ahí grupos como, por ejemplo, Dr. Feelgood. Estos, cuya reciente actuación en Madrid demostró la capacidad que tienen para arrastrar multitudes, emplean un mínimo de talento musical y un mucho de histrionismo; y quisiera dejar claro que para mí, el término histrión no tiene nada de peyorativo en este contexto: el "rock" es espectáculo, teatro, y sus intérpretes han de ser actores, histriones. Evidentemente, ni Dr. Feelgood ni los demás grupos de "pubs" aportan nada nuevo a la música "pop", si no es, justamente, una vuelta a lo "popular" que se había perdido entre pretensiones cósmicas, sinfónicas, místicas o espaciales. Los grupos de "pubs" son la avanzadilla británica del "punk", pero todavía no llegan a él: hace falta otra cosa: el desarrollo industrial de una imagen, la apropiación y explotación de ésta por la prensa, el escándalo. Puede decirse que Dr. Feelgood y otros por el estilo fueron la sonda lanzada por la industria de la música y el espectáculo, para ver si un tipo de música sencilla y agresiva, y una imagen sin pretensiones, podía funcionar. En vista de su relativo éxito, el "punk" ha comenzado a consolidarse, y han aparecido una serie e grupos a cuál más delirante: Sex Pistols —los más conocidos, los más escandalosos, ya que se han atrevido a meterse con una sacrosanta institución británica: la Reina—, Eddie and the Hot Rods, The Clash, The Stranglers, The Damned... Sus discos llenan el mercado, y sus fo-



De los "mod" han tomado los "punk" la postura agresiva y escandalosa, el amor por los colores chillones y el uso indiscriminado de maquillajes violentos.

cano, que describe una realidad americana y está adaptado a ella, llega a Inglaterra y, con los Beatles primero, y luego con todos los grupos ingleses, se convierte en fenómeno cultural de dimensiones internacionales: es precisamente dentro del caldo cultural inglés donde el "rock and roll" se va refinando, al contacto con la música popular inglesa tradicional, con sus peculiaridades estilísticas. Luego, el "rock and roll", convertido en "rock" simplemente, regresa a los Estados Unidos, donde es mejor enlatado, más finamente envasado.

Face, The Ramones, Stiletto..., grupos que ya pueden llamarse específicamente "punk", tanto por su estilo musical como por su imagen: desaliño, agresividad, alto volumen sonoro, insultos al público desde el escenario... Son imagen de una ciudad, Nueva York, que —como la mítica Babilonia— resulta mezcla de la mayor miseria y el más grande esplendor, y es la realización contradictoria del ensueño y la pesadilla del americano medio. Tras todo este movimiento neoyorquino está la sombra de dos grandes personajes: Lou Reed, antepasado glorioso



La ambigüedad de la imagen sexual de los "punk" está más conseguida que entre los pobres cultivadores del "glam rock" de los primeros setenta.

tografías se ven en todas las revistas dedicadas o no a la música. Se impone un sonido: un sonido a todo volumen, reiterativo, machacón. Y también una imagen: los nuevos cantantes llevan la ropa sucia y rota, y usan los parches e imperdibles que sujetan sus desgarrones como adornos; llevan zamarros de cuero claveteadas y, a veces, trajes antiguos, estilo posguerra, desaliñados y manchados. Algo muy a tono con la terrible depresión económica por la que está pasando Inglaterra. La pobreza, la miseria y la abyección se retratan en esta imagen de un mundo que se siente incapaz de morir con decencia, que es capaz de vender su decadencia en el mercado de la música, para salir de ella. La prostitución de la imagen ya dio buenos resultados en el pasado reciente: el Imperio Británico impidió la revolución y el desastre económico vendiendo en Chelsea y en Carnaby Street la rebeldía de sus jóvenes, hecha moda y canciones. De igual modo, venden ahora su pobreza para evitar la miseria.

El muchacho que adopta el vestuario y el estilo "punk" tiene antecedentes en el Reino Unido: amén de los "mods" y "rockers" ya mencionados, están los "leather boys", copia pálida de los "Ángeles del Infierno" americanos; pálidos muchachos vestidos de cuero y constelados de cruces gamadas, que se reunían en los "pubs" homosexuales de Earl's Court para vivir un sueño sexual de sadomasoquismo; y los "skinheads", reacción subproletaria frente al fenómeno "hippie", de clase media: adoradores también del cuero, con la cabeza afeitada,

que les gustaba el fútbol y fueron los primeros en escuchar con seriedad el "reggae", la música revolucionaria —y no sólo en el sentido musical— de Jamaica.

Junto a todo ello, se nos habla también de una ideología; se nos habla de anarquismo y de una continua invocación desde el escenario del "rock" a la revolución proletaria. Esto es falso, tiene que serlo necesariamente: nunca una industria capitalista pondrá continuamente las armas para destruirse a sí misma. Si no, no hay más que ver las tímidas canciones de los Stones —"Fighting in the Streets"—, que se han llamado "Revolucionarias"; o el "Revolution", de los Beatles, texto ambiguo y reaccionario donde los haya. Lo que sí hace la industria es apropiarse de actitudes, de posturas y de términos, para asimilarlos, venderlos y, en una palabra, sacar partido de ellos al mismo tiempo que los desvirtúa; y resulta que las palabras "revolución" y "anarquía" se venden mucho últimamente. Hay, desde luego, un loable intento en los grupos "punk", tanto ingleses como americanos, de retornar a las raíces populares del "rock"; no hay que olvidar que éste empezó con el "blues", música de esclavos y de marginados raciales. El "rock", en los últimos años, corre el peligro de convertirse en una música de consumo para élites, y el "punk" lo devuelve a la calle: vuelve a formas más abiertas, cargadas del potencial de agresividad rebelde que tenía en sus comienzos. Pero de esto no se puede hacer una ideología, ni siquiera un estilo de vida; es por ello que me parece exagera-

do hablar de un "movimiento punk". Y debemos estar contentos de que así sea. Lo que interesa de este fenómeno es, precisamente, su ausencia total de carga ideológica, su pureza como postura vital. Los "hippies" tenían sus escritores, sus magos, sus profetas; y acabaron convertidos en flores de salón. Los "punk" no poseen nada de esto; son inocentes y, por lo tanto, menos fácilmente manipulables a un nivel político. Si lo son económicamente los grupos musicales: nadie que trabaje en una sociedad como la nuestra puede escapar a la explotación, haga lo que haga; incluso si hace dinamita, ésta será empaquetada y vendida, después de haber sido convenientemente mojada para que no explote.

En España, el "punk rock" no es un fenómeno nuevo. Puede decirse que es, concretamente en Madrid, la única forma de "rock" autóctono que conocemos. Los grupos madrileños, desde Burning hasta Ñu, y salvo contadísimas excepciones, puede decirse que llevan muchos años haciendo "punk rock" sin saberlo. Y esto por varias razones: ante todo, los "rockeros" madrileños pertenecen, en su mayor parte, a estratos sociales bastante bajos, y a barriadas de trabajadores. Esto les hace funcionar con unos medios muy pobres —los instrumentos musicales son muy caros, y además el tiempo para tocar tiene, en muchos casos, que compaginarse mal que bien con el tiempo de trabajar y ganarse la vida—, y en un ambiente propicio a desarrollar la agresividad. Sus instrumentos y equipos de sonido son tan malos, que se ven obligados a distorsionar y tocar la

música muy alto para ocultar los inevitables defectos. En sus actuaciones, en discotecas de barrio, tocan para un público afectado por sus mismos problemas, con un enorme potencial de agresividad reprimida, que desfogar precisamente los sábados y festivos en discotecas; la sexualidad, bastante reprimida también entre nosotros, se manifiesta de una forma ambigua y violenta. Los "rockeros" madrileños responden a todos estos estímulos ambientales, haciendo algo muy parecido a los grupos neoyorquinos: tocan mal, con agresividad y excesivas fuerzas y potencia sonora. Sus letras, cuando cantan en castellano, son duras a la vez que sencillas, y transmiten un mensaje de rebeldía no razonada. Han vuelto a las raíces de un "rock" que, al mismo tiempo, se están inventando. Para quien se sienta interesado en el fenómeno del "rock" madrileño, de la vida "pop" de Madrid y de toda España, recomiendo la lectura del libro de Jesús Ordovás "De qué va el Rollo", publicado por las Ediciones de la Piqueta. Ordovás lleva años metido en esto que llaman "el rollo", y conoce perfectamente las características y evolución de toda la cultura popular que en España se está creando en torno al "rock". Tras leer su libro, podemos ver que esto del "punk", en España, es una historia ya antigua, y que los "rockeros", dibujantes de comic, y otra gente de mal vivir han pertenecido siempre, en nuestro país, a ese continente humano tan importante y con tanto potencial revolucionario que sus enemigos llaman "la canalla". ■ E. H. I.